

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO VI

Coordinación

ALFREDO ÁVILA
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2008

NÚMERO 954

Undécima declaración.— 10 de octubre

En el Santo Oficio de la Inquisición de México en diez días del mes de octubre de mil ochocientos diecisiete, estando en su audiencia de la mañana el señor inquisidor doctor don José Antonio Tirado, y Priego, mandó subir a ella de su cárcel al dicho soctor don Servando Mier, el cual so cargo del juramento que fecho tiene, y en continuación de la audiencia que se suspendió ayer por ser tarde, le fue dicho si trae algo acordado que deba decir sobre su negocio, y causa.

Continúa la relación de su vida.— Dijo que trae acordado, que cuando dijo que Mina se dirigió a Nautla no fue sino a Boquilla de Piedras, pues mucho después estando el confesante en Galveston se hizo salva de veintiún cañonazos por haber tomado a Nautla los insurgentes.

Que omitió decir ayer que en los barcos que salieron de Galveston y llegaron a Soto la Marina que eran ocho o nueve, venían varias mujeres que eran dos de la familia de Aury una vieja y otra moza, otra natural de Cartagena moza que venía un corsario llamado Rap, otras dos mujeres de Texas madre e hija con dos niñas chicas, que venían con un hermano de la madre y la hija mayor estaba casada con un angloamericano llamado el Mayor Gordón, una francesa de cincuenta y cuatro años con una negrita chiquita esclava suya. De estas mujeres no desembarcaron en Soto la Marina sino las dos, de Texas y la vieja francesa con su esclavita que se agregó a la repostería de Mina.

Que Mina comenzó luego a construir un fuerte a la orilla del río Santander para depositar allí las armas y municiones que tenía tiradas a la orilla de la mar al cuidado de un capitán angloamericano llamado Uper y algunos marineros. Estos viendo arribar a los cinco

o seis días una fragata y dos bergantines de su majestad echaron a huir, e igualmente cuatro o cinco que estaban en el transporte la Cleopatra, y se desembarcaron; porque es de saber, que Mina no traía sino la dicha Cleopatra y el transporte Neptuno, que echó a pique como antes dijo. También estaba entonces allí un corbeta angloamericano que no era de la expedición, sino que casualmente se había venido por si podía vender su cargamento. Si la fragata de su majestad hubiera desembarcado alguna gente hubiera tomado sin disparar un fusil cuanto tenía Mina que aún no había llevado para Soto la Marina sino los fusiles que llevaba cada soldado. Una balandra que se había agregado a la expedición mandada por el francés Duehesne se había metido dentro único barco que pudo entrar en tan mala barra, y la cual con otros dos o tres botes sirvió para transportar los efectos. Mina comenzó también a reclutar algunos vaqueros que se presentaron, y en todo había unos cien reclutas sin haber otro hombre decente, que un tal alférez Rubio con su hermano cadete. En el fuerte trabajaban algunos cincuenta hombres, gentes pobres del lugar que lo hacían para comer. El doctor Mier se fue a vivir en casa de un primo suyo llamado don José M. Cisneros, el cual era muy realista y de acuerdo con él trató de irse en compañía del alcalde Tigerine a juntarse con el comandante Garza, que estaba reuniendo tropas contra Mina en distancia de más de nueve leguas. Para esto pretextaron, que les era fácil conquistar a Garza y atraerlo al partido, por lo cual Mina les dejó ir dándoles una carta para el referido comandante, y mandó poner otra al confesante quien puso en ella todo lo que Mina quiso bien entendido el confesante de que la cosa era que aquello no valía nada porque iban a apelar por el rey dichos Cisneros y Tigerina, quienes de facto no sólo vinieron con el ejército del señor Arredondo, sino que estuvieron al frente de las de Garza cuando se batió contra Mina. Éste mandó también al confesante poner una especie de manifiesto o carta encíclica para que se imprimiera; pero éste se puso a hacerla tan larga de propósito y eterna a fin de que no

podiera imprimirse ni sacar copia, que primero se fue Mina que la acabase, y la echó en el río; cuyo encabezado era el doctor Servando de Mier y Noriega, prelado doméstico de su santidad, y su protonotario apostólico y no se acuerda si puso vicario general de la división. El contenido se reducía a probar las utilidades y beneficios que resultarían de gobernarse por sí mismos y del comercio libre sin tantos impuestos, alcabalas y estancos. Esto era lo principal, aunque también tocaba que los españoles no tenían derecho alguno respecto de que nosotros éramos hijos de los conquistadores únicos que pudiesen tener derecho por haber hecho la conquista a su cuenta y riesgo, y de los indios antiguos señores del país. No le parece haber tocado nada al rey directamente pero sí probado que el gobernarse por sí mismos no se oponía a la religión porque ya estaba declarada la independencia por el Congreso Mexicano y reconocida por los Estados Unidos, y el congreso lo había podido hacer en tiempo que los españoles trataban de sujetar la América a Napoleón, a quien los reyes de España hacían cedido; y renunciado la América, lo que no podían hacer por las leyes sin decaer de su derecho. Los españoles estuvieron siempre en la idea fija de que la América debía seguir sujeta a España, aunque la mandase Napoleón por ser colonias, y así circuló la Regencia la proclama de septiembre de mil ochocientos diez en que les dice estas palabras.— No basta que seáis españoles, sino sois de España, y lo sois en cualesquiera casos de la fortuna.— Porque los americanos decían que sujetándose España a Napoleón, ellos serían independientes pero no por eso dejarían de ser españoles, y la América otra España que ofrecía en asilo a los españoles de la antigua. Todo esto fundado o infundado aglomeró para obedecer a Mina, como que sabía que mientras más dijese más ganaba tiempo para evitar que se imprimiese, y que las tropas del rey llegasen a quienes pensaba pasarse. Para esto favoreció siempre a los realistas a quienes sacaba licencia para retirarse al ejército español, y los cuales por su medio mantenían comunicación con sus familias, y si

no era para servirlos no salía de su alojamiento en cuyas puertas puso un papel con este letrero.— Aquí se agradecen, pero no se reciben visitas.— Que la citada encíclica comenzaba después de los dictados que le parece los ponía todos, esto es, examinador sinodal del Nuevo Reino de León, cura párroco de Santo Tomás de Paris, cura castrense de los ejércitos españoles, teólogo consultor del Santo Oficio y de la congregación del Concilio de Trento, miembro del Instituto Nacional de Francia, comenzaba así.

A mis parientes los Guerras, Garzas, Garcías, Treviños, y etcétera, y a todos los demás habitantes de las Provincias Internas que la leyó una vez a tres o cuatro personas de que sólo se acuerda haber sido una el doctor Infante, auditor de la división que está prisionero, el cura padre Marín que se halla de cura no sabe donde y los otros serían de la división de los que no se acuerda. En esto acercándose a los dos meses del desembarco el comandante general Arredondo, Mina salió y se acampó del otro lado del río contrario a la dirección que traía Arredondo, allí se insurgieron cincuenta angloamericanos con el coronel Perry de miedo aunque Perry la razón que daba era que el general no lo trataba con confianza y se vinieron al lugar. Mina solo volvió en pos de ellos, pero ya habían salido del lugar y no pudo reconciliarlos. Parece que su idea era de retirarse por tierra hasta la frontera de los Estados Unidos donde siempre Perry había estado guerrilleando. Mina les propuso que les daría guías y más armas si aceptaban el encargo de escaramuzar por Texas para llamar la atención: aceptaron y les dio veinticinco fusiles más y municiones y al capitán Travieso natural de Bejar con otros cinco o seis del mismo país los cuales se fueron y han perecido. Mina se fue con unos cuatrocientos hombres dejando al mayor don José Sardá catalán el mando de la Plaza con treinta reclutas del país y algunos oficiales, tres eran italianos nombrados Sala Comandante del Fuerte Martinich, Lugsi, tres francés Florinet y otros dos que no se acuerda, Larot de Santo Domingo más dos franceses que no se acuerda

de los nombres, seis angloamericanos de que murieron dos, y sólo se acuerda del nombre del capitán Regal ingeniero, y el sargento mayor Castillo natural de Cartagena, el sargento mayor Torrens natural de este reino; había ocho o nueve ingenieros franceses y dos oficiales alemanes, unos eran católicos otros protestantes pero todos venían con ánimo de hacerse católicos sabiendo que no había otra religión en el país. El fuerte cuando se fue Mina estaba muy incompleto y aunque algo se hizo después siempre quedó incompleto por todas partes y enteramente descubierto del lado del río cuyo otro lado dominaba el terreno, y puesta de noche una batería, claro está, que estaban batidos. El doctor Mier conoció claramente que aquello era perdido, pero no quiso irse con Mina porque su ánimo era pasarse al ejército de Arredondo, e irse a su tierra. El mismo confesante avisó a toda la gente del lugar para que se fuera, por que el confesante no estaba dentro del fuerte, sino en casa de su primo con la demás de la gente del pueblo y entre ellas, y la expedición toda estaba dentro del fuerte. Cuando llegó la noticia de que Arredondo estaba encima se retiró a los abridores del fuerte con algunas infelices familias que o por ser mujeres de los que fueron con Mina o pertenecer a los trabajadores del fuerte que se metieron dentro se acogieron allí para comer y libertarse de algún desafuero de los soldados. El doctor Mier se hizo con una poca de tierra y unos palos un reparo, e hizo un pozo en el cual se metió el día del fuego. Aunque cuando Mina se fue no había más que treinta reclutas; se habían echo otros tantos después, los trabajadores casi todos, se organizaron en guardia nacional, por que uno les trajo la noticia de que el señor Arredondo había fusilado tres o cuatro que fueron para allá. También habían venido algunos marineros de los que estaban con Uper, y al pie del fuerte estaba la balandra con cuatro o cinco. Y en este estado se mandó suspender esta audiencia por ser tarde y amonestado que lo piense bien y diga verdad fue mandado volver a su cárcel y antes lo señaló con una cruz por no poder firmarlo hisolo el señor

inquisidor por él de que certifico.— *Doctor Tirado*.— Una rúbrica.— Una cruz.— *Don José María Ris*, secretario.— Una rúbrica.

La edición del tomo VI de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Raquel Güereca Durán
Rodrigo Moreno Gutiérrez
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602